

El conde de Oñate y la diplomacia entre Madrid y Viena a principios de la Guerra de los Treinta Años¹

Pavel Marek

Universidad de Pardubice (Rep. Checa). Instituto de Historia

pavel.marek@upce.cz

<https://orcid.org/0000-0001-8718-8314>



Recibido: noviembre de 2018.

Aceptado: marzo de 2019.

Resumen

El estallido de la Guerra de los Treinta Años fortaleció notablemente la unidad de las dos ramas de la casa de Habsburgo. La solidaridad dinástica se convirtió durante los años 1618-1620 en el eje central de la política internacional de la Monarquía hispánica, la cual desde el comienzo del conflicto prestó al emperador socorro económico y militar. Ayuda que sirvió también para que los españoles procuraran incrementar su influencia en el Sacro Imperio. El objetivo principal de esta contribución es presentar cómo se reaccionó en la corte imperial a esta pretensión y cuál fue el papel del embajador Íñigo Vélez de Guevara, conde de Oñate, en el proceso de la implementación de la política hispánica.

Palabras clave: Casa de Habsburgo; corte imperial; conde de Oñate; diplomacia; papado; Guerra de los Treinta Años

Resum. *El comte d'Oñate i la diplomàcia entre Madrid i Viena a principis de la Guerra dels Trenta Anys.*

L'esclat de la Guerra dels Trenta Anys va enfortir notablement la unitat de les dues branques de la casa d'Habsburg. La solidaritat dinàstica es va convertir durant els anys 1618-1620 en l'eix central de la política internacional de la Monarquia hispànica, la qual des de l'inici del conflicte va donar a l'emperador suport econòmic i militar. Aquesta ajuda va servir també perquè els espanyols intentessin incrementar la seva influència en el Sacre Imperi. L'objectiu principal d'aquesta contribució és presentar com es va reaccionar a la cort imperial davant d'aquesta pretensió i quin va ser el paper de l'ambaixador Íñigo Vélez de Guevara, comte d'Oñate, en el procés de la implementació de la política hispànica.

Paraules clau: Casa d'Habsburg; cort imperial; comte d'Oñate; diplomàcia; papat; Guerra dels Trenta Anys

Abstract. *The Count of Oñate and the diplomacy between Madrid and Vienna at the beginning of the Thirty Years' War*

The outbreak of the Thirty Years' War strengthened the unity of the two branches of the House of Austria. Dynastic solidarity became, in years 1618-1620, the central axis of international

1. El presente estudio debe su publicación a la ayuda económica del proyecto GAČR (GA17-06049S) *Relational networks of Apostolic nuncios and Spanish envoys in the milieu of the imperial court at the turn of the 16th and 17th century.*

policy of the Spanish Monarchy. From the beginning of the conflict, the Catholic king lent the Emperor economic and military assistance. However, through the same resources the Spaniards tried to increase their influence in the Holy Empire. The main objective of the article is to present what reaction awakened the fact in the imperial court and what role in the process of the implementation of the Hispanic policy fell on the ambassador Íñigo Vélez de Guevara, count of Oñate.

Keywords: House of Habsburg; the imperial court; the Count of Oñate; diplomacy; Papacy; Thirty Years' War

Los especialistas en la Guerra de los Treinta Años suelen coincidir al reconocer que la política exterior de la corte imperial estuvo influida, de forma indudable, por la tenaz labor de los embajadores del rey católico (Polišenský, 1991; más recientemente Usunáriz, 2016: 101-125). Ya en la época del emperador Rodolfo II, la embajada se convirtió en uno de los centros de poder más significativos del Sacro Imperio Romano. La misma situación volvió a producirse tras la entronización de Fernando II en el Imperio y de Felipe IV en la Monarquía hispánica, cuando los intereses políticos del rey católico en la Europa Central fueron defendidos por don Íñigo Vélez de Guevara, V conde de Oñate (Lasso de la Vega y López de Tejada, 1929; Marek, 2013; Nagel, 2018).

Su nombramiento como embajador en el año 1616 llegó en un momento muy complicado. El Sacro Imperio Romano se encontraba a solo un paso de la guerra, con un sinfín de problemas por resolver. Además, Oñate tuvo que reemplazar a un sagaz diplomático, Baltasar de Zúñiga, cuya autoridad, prestigio y reputación eran muy difíciles de alcanzar. Sin embargo, Oñate compartía con su antecesor en el cargo una visión muy amplia de los problemas que debía afrontar y, en su nueva dignidad, pudo valerse de su propia experiencia como militar y diplomático. En los años ochenta del siglo XVI sirvió como capitán de guerra en Flandes, más tarde estuvo al frente de la compañía de hombres de armas del duque de Saboya (Minguito Palomares, 2011: 60-62). Después, gracias a las relaciones de vasallaje que su familia mantenía con la casa de Saboya, fue nombrado en 1603 embajador español en Turín. Un encargo importante, porque en ese momento la corte de los duques de Saboya representaba uno de los centros cardinales de la política europea, de una importancia vital en las estrategias diplomáticas de la Monarquía católica. Como embajador tuvo un especial protagonismo en los asuntos más significativos del momento, adquiriendo gran reputación en la Corte turinesa, por lo que, cuando abandonó la legacía en 1609, había acumulado importantes beneficios para la hacienda familiar (Nagel, 2018: 90-98).

En 1610, el conde de Oñate fue elegido embajador en la corte vienesa de Matías de Austria, en aquel entonces rey de Hungría.² Sin embargo, no llegó a realizar el viaje a Centroeuropa porque falleció el emperador Rodolfo II y, con el

2. AGS, Estado Alemania, Legajo 2496, s. f., advertencias para la instrucción al conde de Oñate para la embajada de Hungría.

ascenso de Matías al trono real bohemio, tal destino carecía de sentido. Transcurrieron seis años para que a Oñate le llegara la ocasión de ir a Centroeuropa, cuando fue nombrado para sustituir a don Baltasar de Zúñiga como embajador español en la corte imperial (González Cuerva, 2012: 345). En las instrucciones que recibió antes de emprender el viaje a su nuevo destino, destacaban dos encargos: asegurar la sucesión de la casa de Habsburgo en los reinos de Bohemia y de Hungría y apoyar a los nuncios apostólicos en sus actividades contrarreformistas.³

La cuestión sucesoria en Bohemia y en Hungría representaba una preocupación constante de las cortes Habsburgo. Dado que ni Rodolfo II ni Matías habían tenido descendencia, se corría el peligro de que la casa fuera privada de ambos reinos, pues bohemios y húngaros defendían el carácter electivo de sus coronas y rechazaban el dinasticismo impuesto por la familia gobernante. Una pretensión que creció con fuerza durante la crisis de 1608-1611, cuando lograron limitar la autoridad real aprovechando la falta de consenso familiar (Vorel, 2005: 411-453; Bůžek, 2010). Era obvio que, si los miembros del linaje querían mantener el gobierno de Bohemia y Hungría, tendrían que proyectar una imagen de unidad.

Las propias reglas de sucesión de la Casa de Habsburgo favorecían la candidatura de los archiduques Maximiliano (1558-1618) y Alberto (1559-1621), quienes, además, acumulaban una importante experiencia política y gozaban de prestigio dentro de la dinastía. No obstante, ya que ambos tenían una edad avanzada y carecían de prole, su elección no podía ofrecer una solución duradera. Por esta causa, los archiduques aceptaron la propuesta del emperador Matías y cedieron sus derechos al archiduque Fernando, hijo de Carlos de Estiria (Vorel, 2005: 524-525). Tal solución tuvo que contar con el beneplácito del rey católico, Felipe III, el cual también había manifestado pretensiones sobre las coronas mencionadas. Para ello se basaba en los supuestos derechos de su madre, Ana de Austria, hija del emperador Maximiliano II. En Madrid se barajaban dos opciones sobre esta cuestión: la primera estribaba en reclamar este patrimonio directamente para Felipe III o para su segundo hijo, el infante Carlos. La segunda, con mayores posibilidades de éxito, consistía en ceder los derechos del rey español al archiduque Fernando a cambio de una contrapartida, considerando la animadversión de los estados de Bohemia y de Hungría hacia los Habsburgo españoles (González Cuerva, 2012: 365-370).

Estas negociaciones estaban en curso cuando recayeron sobre el conde de Oñate a su llegada a la corte imperial. Consiguió que el 20 de marzo de 1617 Fernando de Estiria ampliase el llamado «acuerdo de Graz», en donde se barajó la posibilidad (que no llegó a llevarse a cabo) de que el archiduque cediera a Felipe III los feudos italianos vacantes, así como la región de Sundgau en la Alta Alsacia. Pero el acuerdo nunca hubiera recibido el apoyo del archiduque Fernando sin las previas gestiones que había hecho Baltasar de Zúñiga, la mediación del obispo de Espira y la del arzobispo de Maguncia. Negociaciones que continuaron y finalmente condujeron a un acuerdo firmado el 6 de junio de 1617 que ha pasado a la

3. AGS, Estado, Leg. 2502, n. 164, Praga, 18-2-1616, Baltasar de Zúñiga a Juan de Ciriza; AGS, Estado, Leg. 2454, n. 330, San Lorenzo de El Escorial 16-07-1616.

historia como el ‘tratado de Oñate’ (Gliss, 1930; Usunáriz, 2011; Usunáriz, 2016: 21-49).

El tratado de Oñate fue un gran éxito de la diplomacia española en la corte imperial. Las condiciones estipuladas en el pacto favorecieron de modo inequívoco las posiciones españolas, si bien es cierto que, como hemos señalado, no contenía la promesa de cesión de ningún territorio concreto. Por esta causa, la anexión de Sundgau nunca se hizo. Después de la muerte del archiduque Maximiliano en noviembre de 1618, Alsacia pasó a las manos del archiduque Leopoldo. Tampoco se le puede atribuir la cesión del marquesado de Finale, realizada el 4 de febrero de 1619, al tratado de Oñate porque, en realidad, el viejo emperador Matías de Austria vendió este feudo al rey católico para poder seguir recibiendo sus auxilios bélicos para sofocar la sublevación de Bohemia (González Cuerva, 2012: 368-370).

La principal importancia del tratado de Oñate estribaba en el sentido simbólico. El acuerdo firmado entre los Habsburgo de España y los de Centroeuropa se convirtió en una ostentosa demostración de la unidad de la dinastía y base de una cooperación estratégica en las posesiones más inseguras y amenazadas de la casa. La primera era el Norte de Italia, que representaba el nudo del sistema de comunicación de los dominios españoles; la otra, los Países Bajos, en donde en 1621 expiraba la Tregua de Doce Años; finalmente, el reino de Bohemia, en el que una fuerte oposición pretendía arrebatar el trono a la Casa de Habsburgo y elegir como nuevo rey a uno de los príncipes protestantes del Imperio (Vorel, 2005: 453-538).

No fue casualidad que el acuerdo fuera publicado el mismo día que empezaron las negociaciones de la Dieta del reino de Bohemia, en las que se pretendía dilucidar, entre otros asuntos, la sucesión del rey Matías. Se trataba de una cuestión muy delicada, que dividía la sociedad estamental del reino en dos grupos opuestos. La mayoría protestante se negaba a admitir como nuevo soberano al archiduque Fernando de Estiria, quien tenía fama de ser un católico muy fervoroso; al mismo tiempo, los protestantes querían reafirmar el carácter electivo del reino de Bohemia (Bireley, 2014). Mientras, los católicos sostenían la naturaleza hereditaria de la Corona de San Venceslao para mantenerla en las manos de la dinastía reinante. A pesar de que en la historia del país se mezclaba el principio de la herencia del trono con el de la libre elección (esta había sido aplicada por última vez antes de la coronación del Rey Matías en 1611), el archiduque Fernando de Estiria, nieto del emperador Fernando I, tenía un cierto e indiscutible derecho a heredar la Corona de Bohemia. Según las antiguas leyes del reino, creadas en el siglo XIV durante el gobierno de la dinastía de los Luxemburgo, los estados del Reino de Bohemia gozaban del derecho de la elección libre del nuevo rey solamente en el caso de extinción de la dinastía gobernante. Exactamente sobre este argumento se apoyaban los defensores de la candidatura del archiduque, encabezados por el burgrave mayor del reino Adán de Sternberg y el gran canciller Sdenco Adalberto Popel de Lobkowicz (Kučera, 1984).

La campaña de los católicos estaba mucho mejor pensada y era mucho más eficaz que la de la fraccionada oposición protestante. Ya desde el marzo de 1617

se reunieron los representantes de la nobleza católica junto con el nuncio apostólico y el embajador Oñate para discutir el asunto de la coronación y para preparar una estrategia que les permitiera hacer frente a las exigencias de la mayoría protestante. No fue en balde que estas reuniones del partido católico tuvieran lugar frecuentemente en el palacio del gran canciller Lobkowitz, situado en el recinto del castillo de Praga. Fue este admirador de la cultura hispánica quien llevó la voz cantante en los debates (Marek, 2011). Ya antes de la fecha de la convocatoria, el embajador Oñate reconocía que era Lobkowitz quien jugaría el papel protagonista en las negociaciones de la Dieta bohemia:

El gran canciller de Bohemia es persona de la calidad y partes que Vuestra Majestad tiene noticia, excelentísimo católico, y ha hecho grandes finezas de tal con mucho fruto de la religión; es muy útil para la ocasión presente, por tener en su poder todos los Archivos del Reino, y porque el Emperador habla en la Dieta por su boca, por lo cual y la gran noticia que tiene de las cosas de él, tendrá gran mano en lo que se hubiere de hacer, y me aseguró serviría a la Casa de Austria como lo ha hecho siempre (Lasso de la Vega y López de Tejada, 1929: 14).⁴

El transcurso de los siguientes acontecimientos confirmó las hipótesis de Oñate. Ya el día anterior a la apertura de la Dieta, Lobkowitz invitó a la cancillería bohemia a todos los dignatarios del Reino y a las personas de mayor influencia política para darles a conocer el mensaje real y para persuadirles de que las leyes del país sostenían el principio hereditario. Como ninguno de los hombres presentes supo refutar las conclusiones del gran canciller y poner en duda los derechos del archiduque Fernando al trono bohemio, los católicos podían esperar con mucha más tranquilidad las negociaciones de la Dieta. Lobkowitz y sus partidarios sabían que el respeto que los representantes de la oposición sentían hacia las tradiciones del reino era tan fuerte que les impediría oponerse a la entronización del archiduque. El mismo guion se repetiría durante el desarrollo de las reuniones de la Dieta. El hecho de que el archiduque tuviera que confirmar, para ser elegido, todos los privilegios del reino, incluido el de la libertad de cultos que había aprobado Rodolfo II en 1609 mediante la sanción de la Carta de Majestad, fue la única gran complicación a la que se enfrentaban los católicos (Hausenblasová *et al.*, 2014).

A pesar de que la mayoría protestante recibió al archiduque con profunda desconfianza, con la coronación de Fernando II por el Rey de Bohemia (29 de junio de 1617) quedó resuelto uno de los problemas más preocupantes para la diplomacia española y toda la Casa de Habsburgo. El exembajador español Baltasar de Zúñiga, por lo tanto, no cesaba de alabar la labor de su sucesor «porque verdaderamente ha hecho en ello mucho» (Kučera, 1984: 40). Mientras tanto, el mismo Oñate intercedía en Madrid en favor de su colaborador Lobkowitz pidiendo al Rey Felipe III que hiciese a este noble bohemio la merced de la Orden del

4. En otro lugar Oñate caracterizó a Lobkowitz como «aficionadísimo criado de su Majestad». AGS, Estado, Leg. 2507, n. 243-244, Viena 31-10-1623, conde de Oñate a Juan de Ciriza.

Toisón de Oro (Lasso de la Vega y López de Tejada, 1929: 14; Marek 2011: 664-666). En realidad, era muy difícil de creer que el recién llegado embajador Oñate pudiera dirigir toda la campaña católica que precedió a la coronación del archiduque Fernando por el Rey de Bohemia. Es mucho más probable que fuera Lobkowitz quien determinara los pasos del partido católico, mientras que el papel del embajador se limitó a apoyar sus políticas con su autoridad como representante del rey de España. Otro hombre que estuvo tras los entresijos de la coronación del archiduque Fernando fue don Baltasar de Zúñiga (González Cuerva, 2012: 365-370).

Pese a sus indiscutibles calidades personales, durante los primeros años de su embajada el conde de Oñate estuvo a la sombra de su antecesor. Después de su entrada en el Consejo de Estado, don Baltasar se convirtió en uno de los consejeros más cercanos al rey Felipe III, en cuya Corte cumplía la función de experto en política exterior, gracias, sobre todo, al papel que había desempeñado ante los Habsburgo centroeuropeos, en el que había mostrado ser un ardiente defensor del vínculo dinástico entre las dos ramas de la familia. Esta experiencia centroeuropea de Zúñiga convirtió los asuntos del Imperio en una de las prioridades de la política exterior española (González Cuerva, 2012: 373-374). Parece ser que don Baltasar era consciente de su nuevo rol. Ya durante los últimos meses de su embajada praguense, antes de despedirse, anunció a sus amigos y clientes que pretendía convertirse en la correa de transmisión entre ellos y el rey católico. Al entrar en el Consejo de Estado cumplió con este papel de un modo ejemplar. No solo los nobles centroeuropeos, sino también el emperador, la emperatriz o el rey Fernando se aprovecharon de la gran influencia de Zúñiga en el diseño de la política exterior de Felipe III y le enviaban sus pretensiones para que las defendiera ante el Consejo de Estado. En cierta manera, podemos decir que desde la corte madrileña Zúñiga vigiló que se cumplieran las promesas de pensiones y hábitos a sus colaboradores centroeuropeos, decidiendo en qué orden de preferencia debían concederse.

La fama de Zúñiga como un ministro poderoso y de mucha influencia pronto se hizo notoria en toda la corte imperial. El embajador imperial en Madrid Franz Christoph Khevenhüller lo consideraba, en sus cartas, su protector y no dudaba en recurrir a don Baltasar para avanzar en sus negociaciones con los consejeros reales y con el propio rey.⁵ La autoridad de que Zúñiga gozaba en los asuntos imperiales constreñía, sin embargo, como ya se ha señalado, las competencias del embajador Oñate, cuya actividad en los primeros años de su embajada estuvo sometida a la supervisión y control de don Baltasar. Todos los asuntos más importantes, empezando por la conclusión de la guerra de Gradisca,⁶ la detención

5. Véase su correspondencia destinada al cardenal Francisco de Dietrichstein conservada en MZA Brno, Rodinný Archiv Dietrichštejnů, G140, kart. 434. Sobre la embajada de Khevenhüller véase Nagel, 2018: 60-85.

6. Un conflicto militar acaecido en los años 1615-1617 entre el archiduque Fernando de Estiria, en aquel momento gobernador de Austria Interior, y Venecia. En la guerra de Gradisca (a veces llamada guerra de Friuli) participó también tropa de infantería y un regimiento de caballería espa-

del cardenal Melchior Khlesl⁷ o la entrada de España en la guerra de Bohemia, fueron supervisados por don Baltasar y necesitaban de su beneplácito.⁸ Ya que el resto de los ministros del Consejo de Estado tenía solo una idea muy superficial sobre la situación que reinaba en Centroeuropa, el juicio de Baltasar de Zúñiga respecto a los asuntos del Sacro Imperio Romano resultaba especialmente importante, como también era crucial la coordinación entre Zúñiga y Oñate.

Podemos suponer que para el conde de Oñate esta notoria subordinación no fue de su agrado. En sus cartas destinadas al rey se quejaba muy a menudo de que las condiciones de su embajada diferían de las de sus antecesores, Guillén de San Clemente y Baltasar de Zúñiga.⁹ Sin embargo, más que ver limitado su poder, lo que le preocupaba era la escasez de dinero y la discontinuidad con la que se le pagaba su sueldo: «Dice el conde que es imposible poder cumplir con las obligaciones de tan grandes gastos como ha de tener allí en las ocasiones presentes si Vuestra M[ajesta]d no se sirve de hacer con el lo que con sus predecesores».¹⁰

No obstante, y a pesar de todas las dificultades, el engranaje dirigido por el tándem Oñate-Zúñiga funcionaba bastante bien. El conde de Oñate aceptó el hecho de que el verdadero creador de la política hispánica respecto al Sacro Imperio Romano fuera don Baltasar de Zúñiga y se contentó con el papel de mediador entre la corte madrileña y la imperial. Esto, además, daba a Oñate una ventaja considerable. En el Consejo de Estado don Baltasar no solo apoyaba la mayoría de los pasos propuestos por el embajador Oñate sino que también imponía que los políticos de la corte madrileña dedicaran a los asuntos de Centroeuropa una atención primordial (Bađura, 2010 y 2017).

Para el funcionamiento de la embajada española en Viena era muy importante que los juicios del conde de Oñate coincidieran con los de Zúñiga. La concordia entre el exembajador y su sucesor se reflejó también en los momentos en que la iniciativa partió del conde de Oñate. Fue él quien dio los primeros pasos para socorrer al rey Fernando contra sus súbditos rebeldes y decidió movilizar las tropas que estaban bajo su responsabilidad en Friuli (BNE, Mss. 18435, fol. 129). Su actitud en aquel entonces provocó un fervoroso debate en el Consejo de Estado, donde las acciones de Oñate fueron firmemente defendidas por don Baltasar.

ñola, bajo el mando de Baltasar de Marradas. González Cuerva 2012: 373-374; Nagel 2018: 275-297.

7. El obispo de Viena, Melchior Khlesl, fue el hombre más poderoso de la corte del emperador Matías. Sin embargo, después de la coronación de Bohemia de Fernando de Estiria, la posición de Khlesl se vio amenazada porque el pragmatismo político del valido no correspondía con el fervor religioso del nuevo rey. En 1618, cuando la autoridad de Matías se vio debilitada por su lamentable estado de salud, Fernando de Austria, junto con los archiduques Maximiliano y Carlos, iniciaron la detención de Khlesl, el cual fue llevado a Tirol y arrestado. Rainer 1962.
8. Hasta hoy día nos lo corroboran los pareceres de Zúñiga sobre las cartas que el conde de Oñate envió a la corte madrileña depositados en el AGS, Estado. Véase por ejemplo AGS, Estado, Leg. 711.
9. AGS, Estado, Leg. 711, fol. 110, *Las cartas del conde de Oñate del primo, trece y catorce del pasado*: 1617; *Ibidem*, Leg. 2507, fol. 346, Viena, 21-6-1623, Oñate al Rey Felipe IV.
10. AGS, Estado, Leg. 711, fol. 110, *Las cartas del conde de Oñate del primo, trece y catorce del pasado*: 1617.

Este tuvo que enfrentarse a la fuerte oposición de Lerma y persuadir al rey Felipe III de que los intereses de la familia imperial tenían mayor importancia para el mantenimiento de la hegemonía española en Europa que la planeada campaña de Argel. No obstante, el hecho de que, al final, esta facción lograra imponer su voluntad, no se debió solo al apoyo de don Baltasar, sino, sobre todo, a la intervención de la hija de la emperatriz María, Sor Margarita de la Cruz, quien, en estos momentos, estaba ganando influencia en la toma de decisiones del rey, mientras que los consejos del duque de Lerma perdían peso lentamente (Williams, 2010: 323-351). La solidaridad dinástica representó en los años 1618-1620 el eje central de la diplomacia española (González Cuerva, 2012: 386-394, 411-433; para los antecedentes véase González Cuerva y Marek, 2017).

Tampoco en la corte imperial la situación estuvo desprovista de conflictos. Ya poco después del estallido de la sublevación bohemia, creció la tensión entre el flamante rey Fernando, que defendía las ideas más belicistas e intervencionistas, y los cortesanos del viejo emperador Matías, encabezados por el cardenal Melchior Khlesl, que prefería la solución diplomática del conflicto.¹¹ El conde de Oñate nunca había sentido la menor simpatía por el privado del emperador Matías, cuya política moderada hacia los protestantes le llenaba de desconfianza. Mientras que en la corte imperial tuvo que disimular sus opiniones sobre el todopoderoso ministro, en sus relaciones enviadas a Madrid se declaraba abiertamente contra este personaje.¹² Cuando se urdió la conjura en el entorno del emperador, que encabezaron el rey Fernando y el archiduque Maximiliano, Oñate estuvo de acuerdo con la detención de Khlesl y contribuyó a su caída (Rainer, 1962; nuevamente Nagel, 2018: 316-327).

Tampoco los demás cortesanos del emperador Matías gozaban de la plena confianza del conde de Oñate. Aunque en los primeros años de su embajada no podía dejar de atenderles con la diligencia debida, poco a poco fueron elegidos otros colaboradores más cercanos de entre las personas que rodeaban al rey Fernando. La manifiesta inclinación de Oñate hacia los cortesanos de Fernando de Estiria no quedó oculta a los ojos del embajador imperial en Madrid, Franz Christoph Khevenhüller, el cual advirtió al rey católico de que tal comportamiento podía dañar los intereses de la corona hispánica.¹³

Sin embargo, las amenazas de Khevenhüller no llegaron a cumplirse. El emperador Matías, en los últimos meses de su vida, se encontraba bastante retirado de la gestión política y las riendas del poder poco a poco pasaban a las manos de su sucesor, el archiduque Fernando. Después de la muerte de Matías, el 20 de marzo de 1619, y la inmediata elección de Fernando como nuevo emperador, en la lucha que se abrió en la corte imperial entre diferentes bandos, Oñate apoyó abiertamente al partido que encabezaba 'el valido' del rey Fernando, Juan Ulrico

11. Por causa de estos pleitos el rey Fernando incluso estaba resuelto a abandonar la corte imperial. AGS, Estado 2327, fol. 54, el Consejo de Estado a 26 de enero de 1619.

12. AGS, Estado, Leg. 711, fol. 15, *Puntos de las cartas del conde de Oñate de 19 y 20 de abril de este año 1617*.

13. AGS, Estado, Leg. 2504, fol. 130-131, el conde de Benavente al Rey Felipe III, Madrid, 17-7-1619.

de Eggenberg. En los años siguientes fue este noble estirio el que llegaría a convertirse en la persona clave de la corte imperial y en el eje vertebrador de la red clientelar de los reyes españoles en Centroeuropa (Marek, 2008: 128-131).¹⁴

Gracias a su hábil actuación diplomática, basada sobre todo en la estrecha colaboración con el mayordomo mayor (Obersthofmeister) del emperador, Juan Ulrico de Eggenberg, el embajador del rey católico llegó a convertirse en el verdadero artífice de la política imperial de Fernando II. La inclinación del emperador hacia el conde de Oñate fue criticada por los diplomáticos papales y venecianos, quienes le reprocharon su dependencia de la política de Madrid:

Con il Rè Cattolico non solo bene s'intende Imperatore, ma messogli in mano tutto l'arbitrio di sè, et delle cose sue, di esse, quello suole al presente risolversi, che a Spagnuoli le pare, et il conte d'Ognat Ambasciatore di quel Rè fa conoscerre, che in Hiermania posseggia piuttosto il titolo di Dittatore che d'Ambasciatore [...] I Ministri tutti han dipendenza di lui, et il Signor d'Hechembergh [= Juan Ulrico de Eggenberg] specialmente accettissimo all'Imperatore sicome anco il Signor d'Arach [= Carlos de Harrach].¹⁵

Aunque parece evidente que el testimonio de los embajadores de Venecia era algo exagerado, es indudable que el conde de Oñate se ganó la confianza del emperador Fernando II y se convirtió en uno de sus más estimados consejeros. A pesar de que Guillén de San Clemente y Baltasar de Zúñiga seguían gozando de una posición privilegiada en la corte imperial, parece que a partir de los años veinte del siglo xvii la influencia política de España en Viena fue todavía más significativa que en los años anteriores. De hecho, la sublevación bohemia y los acontecimientos que siguieron, obligaron a Fernando II a recurrir, más que sus antecesores, al socorro financiero y militar del rey católico. El emperador sabía muy bien que no podía prescindir del apoyo de España en la campaña militar contra los estados bohemios, Federico de Palatinado y otros enemigos, y, por lo tanto, se sentía obligado a respetar la mayor parte de los deseos de los diplomáticos de su primo Felipe IV (Forbelský, 2006).

La querencia del emperador hacia el embajador del rey católico quedó reflejada, de modo simbólico, en las ceremonias de la corte. Según los testimonios de

14. Juan Ulrico de Eggenberg fue uno de los clientes más importantes de los reyes Felipe III y Felipe IV. Desde 1619 desempeñaba el cargo de mayordomo mayor de la corte imperial y fue presidente del Consejo secreto. Desgraciadamente, hasta ahora los historiadores no le han dedicado una atención adecuada. Su única biografía es: Zwiedineck – Südenhorst 1880. Sobre el apoyo prestado por Oñate al príncipe de Eggenberg véase por ejemplo AGS, Estado, Leg. 711, fol. 113, El Consejo de Estado a 16 de marzo de 1617 al Rey; *Ibidem*, Leg. 2504, fol. 130-131, Madrid, 17-07- 1619, el conde de Benavente al Rey Felipe III; *Ibidem*, Leg. 2327, Viena, 14 -10-1620, el conde de Oñate al Rey Felipe III; *Ibidem*, Leg. 2507, fol. 418, Regensburg, 22-02-1623, el conde de Oñate al Rey Felipe IV.
15. Así caracterizaron en su relación de 1620 los embajadores venecianos en Viena, Francesco Erizo y Simone Contarini, la posición del conde de Oñate en la corte imperial de Fernando II. Fiedler, 1866: 117. Carlos de Harrach fue uno de los ministros más poderosos del emperador Fernando II, caballero de la orden del Toisón, uno de los colaboradores más cercanos de Eggenberg, suegro de Alberto de Wallenstein. Felgel 1879.

los visitantes de la capital imperial, de los cortesanos de Fernando II y del propio Oñate, el embajador español siempre estaba cerca del emperador, acompañándolo no solo en los consejos y durante las audiencias, sino también en las procesiones religiosas, banquetes y en otras actividades recreativas: «Nei consigli, nelle diuotioni et nelle ricreationi di cesare assiste sempre l'Ambasciatore Cattolico». ¹⁶ En realidad, la extraordinaria posición que ocupaba el conde de Oñate en la corte imperial se debía sobre todo al hecho de que los embajadores españoles fueron considerados en Viena no tanto diplomáticos extranjeros sino, más bien, servidores de la dinastía.

La exitosa labor diplomática de Oñate en Viena fue reconocida también en la corte madrileña. No obstante, no fue hasta la muerte de Baltasar de Zúñiga en 1622 cuando el conde de Oñate dejó de ser, definitivamente, el simple portavoz de la política imperial hispánica y se convirtió en su más reconocido creador. Mientras que en los primeros años de su embajada la actitud de Oñate estuvo vigilada muy cuidadosamente desde Madrid, a partir del fallecimiento de don Baltasar el conde gozó de una extraordinaria libertad para aplicar y adaptar a su entender las instrucciones generales que recibía de los consejeros reales (Suárez Fernández y Gallego, 1986: 526).

En muchos asuntos, las opiniones del conde de Oñate concordaban con los juicios del nuncio apostólico Carlo Carafa. ¹⁷ No obstante, las relaciones entre el embajador de España y el nuncio apostólico no siempre fueron calurosas. El conflicto más importante entre los objetivos de la Monarquía hispánica y los de la Santa Sede surgió como consecuencia de la transferencia del título de elector a Maximiliano de Baviera. Las negociaciones sobre este asunto se abrieron inmediatamente después de la batalla de la Montaña Blanca, en el verano de 1621. Los protagonistas de las mismas fueron el embajador español Íñigo Vélez de Guevara, conde de Oñate, y el monje capuchino al servicio de la curia papal, Jacinto de Casale. ¹⁸ El conde proponía que el emperador contentase a Maximiliano con una de las provincias austriacas, mientras se conservaba a Federico del Palatinado su dignidad electoral. El legado papal, en cambio, defendió las aspiraciones del duque de Baviera de lograr el título de elector (Marek, 2008: 118-120).

Si bien las instrucciones de 1616 exhortaban a Oñate a colaborar con el nuncio y ayudarle a defender los intereses de la Santa Sede, muy poco después de la derrota de la oposición bohemia en la batalla de la Montaña Blanca, las relaciones de los dos diplomáticos empeoraron de una manera notable y los aliados de ayer se convirtieron en rivales. En el verano de 1621, Carlo Carafa se quejó de que el emperador Fernando II no se había decidido todavía a transferir el título de elector a Maximiliano de Baviera, a consecuencia, a su modo de ver, de las intrigas del embajador del rey católico. Según Carafa el conde de Oñate se aprove-

16. Relación de 1620 de los embajadores venecianos en Viena, Francesco Erizo y Simone Contarini, Fiedler 1866: 117.

17. Carlo Carafa (1584-1644), obispo de Aversa. En 1621-1628 nuncio apostólico en la corte imperial. Más información en Lutz 1976.

18. Jacinto de Casale, célebre misionero italiano y elocuente predicador, en 1621 nuncio extraordinario en la corte de Madrid. Da Portogruaro 1928; Chaline 2000.

chaba de una amplia gama de recursos, incluyendo las amenazas de retirar las tropas españolas de Centroeuropa, para lograr sus pretensiones.

L'Ambasciatore di Spagna, il quale come fin nel principio ho scritto, è cagione di tutto il male di questo negotio, habbia fatto tale strepito et esclamatione protestandosi, che se l'Imperatore fa questa dichiarazione a favore di Baviera, egli subito levarà gli aiuti, che S. M.tà Cat.ca somministra.¹⁹

La animadversión que Oñate provocaba en el ambiente de la nunciatura fue en aumento porque se sospechaba que su actitud no se correspondía con las órdenes que recibía desde Madrid. Según el nuncio apostólico, el embajador imperial Franz Christoph Khevenhüller había advertido a Carafa que el rey católico estaba de acuerdo tanto con la promoción de Maximiliano de Baviera, como en la búsqueda de una satisfacción para el elector de Sajonia:

Il Conte di Chefmiller [= Franz Christoph Khevenhüller] dice, che in Spagna si vuole che la voce elettorale si dia, mentre pacificamente si possa, a Baviera, ovvero almeno l'alternativa che si cerchi di quietar Sassonia [= Johann Georg de Wettin, elector de Sajonia] con darli qualche sodisfattione nelle pretensioni di Giuliers e Cleves, o in qualche altra maniera et non si venga mai a restituire totalmente il Palatino [= Federico V del Palatinado], se non quando si fosse in estrema disperatione delle cose di S. M.tà ces.a. Ma Ognat non l'intende così et senz'altro temperamento si protesta di levare gli aiuti, se l'Imperatore dichiara Elettore Baviera [= Maximiliano de Wittelsbach, duque de Baviera] (*Ibidem*).

A pesar de estas consideraciones, el conde de Oñate sí actuaba de acuerdo con los intereses de la corona. El objetivo principal de la diplomacia española de aquellos años fue bloquear el ascenso de Baviera al rango de príncipe electoral porque podría constituir un temible rival católico en el Sacro Imperio. Tal actitud, además, contribuía a mantener buenas relaciones con los príncipes protestantes moderados y pretendía evitar la escalada de una guerra confesional. Sin embargo, como el duque Maximiliano contaba con el apoyo de la Santa Sede, el rey católico estaba obligado a jugar un papel ambiguo. Mientras su embajador, el conde de Oñate, hacía todo lo posible para hacer fracasar el proceso de transferencia del título de elector a Maximiliano de Baviera y pretendía imponer la candidatura del duque de Neuburg, los demás ministros del rey persuadían al papa al sostener que en este asunto la Monarquía hispánica quería proceder de acuerdo con los intereses de la Iglesia católica (Straub, 1980: 163-204).

Después de largos meses de discusiones, el emperador Fernando II se decidió, por fin, a transferir el título electoral a Maximiliano. El resultado, proclamado en la Dieta imperial celebrada en el invierno de 1622-1623 en Ratisbona, fue el mayor fracaso de la embajada del conde de Oñate en la corte imperial. El embajador no solo no logró imponer su voluntad, sino que durante las negocia-

19. BAV, Barb. lat. 6946, fol. 16r-19r, Viena, 28-08-1621, Carlo Carafa a Ludovico Ludovisi. Agradezco a Tomáš Čerušák haberme facilitado esta información.

ciones realizadas perdió el crédito del nuncio apostólico y del duque de Baviera, los cuales, hasta aquel momento, habían sido los más firmes aliados de la diplomacia hispánica en la corte imperial (Marek, 2008).

La elevación como elector de Maximiliano de Baviera, celebrada el 23 de febrero de 1623, corroboró que la posición del conde de Oñate en la corte imperial dependía de una manera notable del apoyo que le prestaban sus clientes, y en particular el presidente del Consejo secreto Juan Ulrico de Eggenberg. Aunque 'el valido' del emperador pertenecía a los colaboradores más cercanos del conde de Oñate y en el pasado había defendido con firmeza los intereses de la corona hispánica, en el asunto mencionado se puso al lado del nuncio apostólico y del duque de Baviera. Según Carlo Carafa fue justamente su postura lo que decidió el resultado final.²⁰ No obstante, esta 'deslealtad' de Eggenberg no llegó a amenazar su extraordinaria posición en la red clientelar de Felipe IV ni a dañar su buena relación con el diplomático español. Es sintomático que un día antes de la elevación del duque de Baviera, el conde de Oñate solicitara al rey católico que honrara a una hija de Eggenberg con la dote de diez mil florines. Recordaba entonces que «combiene mucho tenerle grato [a Eggenberg] pues es cierto tiene en su mano la voluntad del Emperador».²¹

Gracias al apoyo del príncipe de Eggenberg y de sus propios clientes, el conde de Oñate siguió influyendo en las decisiones del emperador y manteniendo su predominante posición en la corte vienesa. No obstante, los consejeros reales encabezados por el conde de Olivares se sentían muy preocupados por la tensión entre el embajador y el nuncio Carafa. La complicada situación internacional obligaba a los diplomáticos madrileños a respetar cada vez más los intereses de la curia papal. Sobre todo después de la paz concluida en 1624 entre Inglaterra y Francia, Felipe IV estaba deseoso de restablecer la alianza con la Santa Sede y mejorar las relaciones con el duque de Baviera (Bireley, 2003: 63-64):

Spero che S. Altezza potrà adesso credere alle parole delli Ministri del Rè di Spagna, perchè [...] già se ne vedono chiaramente li fini e li mezzi di quella Corona, desiderando andar unita con Nostro Signore e con Baviera e principali ecclesiastici dell' Imperio.²²

Una señal del nuevo rumbo de la política española fue la retirada de Viena del embajador conde de Oñate, a quien se hacía responsable de las discordias que reinaban entre España, la Santa Sede y Baviera en los años anteriores. La elección como su sucesor de Francisco de Moncada, marqués de Aitona y conde de Osona, era un síntoma del nuevo rumbo que se pretendía dar a la embajada española en el Imperio. Moncada era una criatura leal a Olivares y pertenecía a una familia

20. BAV, Barb. lat. 6946, fol. 16r-19r, Viena, 28-08-1621, Carlo Carafa a Ludovico Ludovisi; BAV, Barb. lat., 6946, fol. 20r-22r, Viena, 04-09-1621, Carlo Carafa a Ludovico Ludovisi. Agradezco a Tomáš Čermušák esta información.

21. AGS, Legajo 2507, fol. 418, el conde de Oñate al Rey Felipe IV, Regensburg, 22-02-1623.

22. ASV, Segr. Stato, sign. 115 – Registratura cifre, fol. 44-45, Viena, 27-7-1624, Carlo Carafa a Francesco Barberini.

que tenía buenas relaciones con Roma (Gutiérrez, 1980). Los diplomáticos de la Santa Sede, encabezados por el nuncio apostólico Carlo Carafa, depositaron en él muchas esperanzas (González Cuerva, 2018). Poco después de llegar a Viena, el nuevo embajador reveló al nuncio que el rey católico deseaba superar la desconfianza mutua entre ambas potencias y que, desde ahora, quería consultar todas las cuestiones concernientes al Sacro Imperio Romano con los diplomáticos de la Santa Sede, con el duque de Baviera y con otros soberanos católicos del Imperio:

Il conte d'Ossona si è mostrato in questo negozio ardentissimo et ha congiunto i suoi uffici con i miei. Anzi m'ha detto di nuovo d'haver ordine di star congiunto in questi negozi di Germania con i Ministri di Nostro Signore e che sempre così è stata la volontà del Rè se ben forse i suoi Ministri, parlando del Conte d'Ognate, hanno contravenuto o non hanno eseguito puntualmente tal ordini.²³

El conde de Oñate recibió la llegada de su sucesor con alivio. En realidad, ya a partir de enero de 1623, él mismo había pedido al rey que lo relevara de su oficio, justificando su solicitud por los problemas de salud. «Si V.M. no me hace merced de procurar que me saquen de aquí temo cierto que me sacara Dios, pues ya no me hallo en estado de poder esperar otra cosa».²⁴ Probablemente, Oñate era también consciente de los verdaderos motivos de su sustitución. No obstante, regresaba a España contento y cargado de muchas riquezas y honras adquiridas durante su estancia en Centroeuropa. Sabía bien que había cumplido todas las expectativas que había puesto el rey católico en su embajada y que, en el caos de la Guerra de los Treinta Años, no solo logró mantener la sólida posición española que en la corte imperial habían conseguido sus predecesores, sino que la fortaleció. Al final de su embajada la unión de las dos ramas de la Casa de Habsburgo parecía mucho más firme que nunca.

En conclusión, la embajada del conde de Oñate representó el fin de una etapa de la diplomacia española en la corte imperial. Aunque en los primeros años de su misión la actitud de don Íñigo estuvo limitada y subordinada a las intervenciones de Baltasar de Zúñiga, con el tiempo alcanzó un grado de autonomía similar al de sus antecesores en el cargo de embajador. El conde de Oñate aprovechó muy bien la herencia que le dejaron Baltasar de Zúñiga y Guillén de San Clemente. Apoyado por una extensa red de clientes, se convirtió en uno de los hombres más poderosos de la corte imperial. La explosiva situación política en Centroeuropa facilitó su ascenso. Después del comienzo de la guerra, el emperador necesitaba tanto el socorro del rey católico que en la mayoría de los asuntos estaba dispuesto a someterse al dictamen español.

No obstante, ya antes el embajador había demostrado sus capacidades políticas. Desde el principio de su estancia en la corte imperial trató de mantener buenas

23. ASV, Segr. Stato, sign. 115 – Registratura cifre, fol. 44-45, Viena, 27-7-1624, Carlo Carafa a Francesco Barberini.

24. AGS, Estado, Leg. 2507, fol. 380, Praga, 15-05-1623, el conde de Oñate al Rey Felipe IV; *Ibidem*, Leg. 2507, Ratisbona, 08-01-1623, el conde de Oñate al Rey Felipe IV; *Ibidem*, Leg. 2507, fol. 267, Viena, 22-11-1623, el conde de Oñate al Rey Felipe IV.

nas relaciones con el círculo que rodeaba al futuro emperador, el archiduque Fernando de Estiria, en particular con Juan Ulrico de Eggenberg. El apoyo de Eggenberg se mostró crucial para las relaciones entre las dos ramas de la casa de Habsburgo en la siguiente década. El noble estirio gozaba de la máxima confianza del emperador y ninguna decisión podía tomarse sin su consentimiento. El conde de Oñate le llenó de favores y utilizó una amplia gama de recursos para atraerlo a la política del rey católico; pero la estrategia no siempre dio los frutos deseados. La actitud de los clientes dependía de muchos factores, empezando por sus intereses personales o familiares, su patriotismo o su lealtad al emperador. Aunque muchas veces podían atender el deseo del embajador, no siempre fue así. Como señaló Hillard von Thiessen, la diplomacia de la Edad Moderna se caracterizaba por una pluralidad de roles y normas. Las prioridades del cliente no eran constantes y firmes, sino que variaban según el contexto (von Thiessen, 2010: 429). La postura de Eggenberg, por lo tanto, no siempre coincidió con las expectativas de Oñate. Ya hemos visto que en la cuestión de la transferencia del título de elector a Maximiliano de Wittelsbach, el presidente del Consejo Secreto apoyó la posición del nuncio apostólico Carlo Carafa. El mismo asunto demuestra que, pese a su difícil situación, la corte imperial seguía desarrollando una política, hasta cierto grado, independiente de la de la Monarquía Hispánica. Después de todo, tampoco el rey se oponía abiertamente a la idea de galardonar con esta dignidad al duque de Baviera y trató de convencer a sus aliados católicos de que la actitud del conde de Oñate carecía de legitimación. El comportamiento ambiguo de la corte madrileña respondía a la necesidad de dejar las puertas abiertas para el restablecimiento de la coalición en caso de necesidad, como así ocurrió cuando en 1624 se concluyó la alianza matrimonial entre Inglaterra y Francia.

La destitución del embajador conde de Oñate fue la señal que marcaba un nuevo rumbo político. No obstante, a pesar de sus controversias con el nuncio apostólico, en Madrid consideraron que su misión había sido exitosa. El conde de Oñate volvía a la península ibérica como el autor principal del pacto que aseguraba a los Habsburgo españoles unas condiciones muy favorables en cuanto a la sucesión en el trono bohemio e imperial y fortalecía la unidad de la casa de Habsburgo. Felipe IV gratificó su labor por medio de varias mercedes materiales y privilegios. Sin embargo, la complacencia real se reflejó sobre todo en la futura carrera del conde. Puede resultar sorprendente que pocos meses después de su regreso a España, don Íñigo fue nombrado embajador español en Roma.

Con la retirada de Oñate de la corte imperial se abrió una nueva etapa en la historia de la embajada española. Ni su sucesor, Francisco de Moncada, marqués de Aitona, ni otros diplomáticos que defendieron los intereses hispánicos en la corte imperial en los años posteriores, pudieron desarrollar su propia línea política y su actuación dependió de las instrucciones que recibían desde Madrid. Este nuevo sistema produjo muchas demoras y otros inconvenientes y fue criticado por parte de los representantes de la corte imperial, incluyendo al mismo emperador. Es sintomático que en una de sus cartas dirigidas a Felipe IV en 1629, Fernando II recordara con nostalgia la colaboración con Íñigo Vélez de Guevara, conde de Oñate, y pidiera al rey que volviera al sistema anterior, que consideraba

mucho más útil y conveniente al servicio de la Monarquía Hispánica, de toda la casa de Habsburgo y del bien común.²⁵

Abreviaturas

AGS	Archivo General de Simancas (España)
ASV	Archivo Segreto Vaticano (Ciudad del Vaticano) Segr. Stato – Segreteria di Stato
BAV	Biblioteca Apostólica Vaticana (Ciudad del Vaticano) Barb. lat. – Barberiniani latini
BNE	Biblioteca Nacional de España (Madrid)
MZA	Moravský zemský archive. Brno (Rep. Checa)
NA	Národní Archiv. Praga (Rep. Checa)

Bibliografía

- BAĐURA, B. (2010-2017). «¿Argel o Bohemia? El dilema español (1618-1619)». *Ibero-americana Pragensia*, 44 y 45, 43-65 y 27-73.
- BIRELEY, R. (2003). *The Jesuits and the Thirty Years War. Kings, Courts, and Confessors*. Nueva York y otros: Cambridge University Press.
- (2014). *Ferdinand II, Counter-Reformation emperor, 1578-1637*. Nueva York y otros: Cambridge University Press.
- BŮŽEK, V. (dir.) (2010). *Ein Bruderzwist im Hause Habsburg (1608-1611)*. České Budějovice: Jihočeská univerzita.
- CHALINE, O. (2000). *La Bataille de la Montagne Blanche (8 Novembre 1620). Un mystique chez les guerriers*. París: Noesis.
- FELGEL, A. V. (1879). «Harrach, Karl Freiherr von». *Allgemeine Deutsche Biographie*, Band 10, 637-638 (Leipzig: Duncker & Humblot).
- FIEDLER, J. (ed.) (1866). *Die Relationen der Botschafter Venedigs über Deutschland und Österreich im 17. Jahrhundert I*. Viena: K. K. Hof- und Staatsdr.
- FORBELSKÝ, J. (2006). *Španělé, Říše a Čechy v 16. a 17. století. Osudy generála Baltasara Marradase*. Praga: Vyšehrad.
- GLISS, O. (1930). *Der Oñatevertrag*. Frankfurt am Main: Universität Frankfurt am Main.
- GONZÁLEZ CUERVA, R. (2012). *Baltasar de Zúñiga. Una encrucijada de la monarquía hispana (1599-1622)*. Madrid: Polifemo.
- (2018). «Vienna, the Spanish Ambassador and the Nuncio: The 3rd Marquis of Aytona and the Fading Catholic Alliance (1624–1629) » *Theatrum Historiae*, 23, 113-146.
- GONZÁLEZ CUERVA, R. y MAREK, P. (2017). «The Dynastic Network between the Imperial and the Spanish Courts (1556–1619)». En: GONZÁLEZ CUERVA, R. y KOLLER, A.

25. «Pero esto tengo por muy acertado y necesario y lo suplico muy encarecidamente al Rey que de más amplios poderes y facultad a sus embajadores para tratar los negocios y hacer asientos de dinero. Atento que los negocios presentes no sufren dilación y que consisten los buenos sucesos de ellos en la brevedad de la ejecución y teniendo los dichos poderes podremos entonces con común acuerdo y consejo executar y mantener todo lo resuelto». BNE, MSS 2361 – Sucesos del año 1629, Cartas de su Majestad para el Marqués de Aytona, Embaxador de Alemania del Año de 1629, f. 363, Copia del papel que el conde de Frankenburg dio a Su Majestad para enviar al señor marqués de Aitona.

- (coords.). *A Europe of Courts, a Europe of Factions Political Groups at Early Modern Centres of Power (1550-1700)*. Leiden-Boston: Brill, 130-156.
- GUTIÉRREZ, J. (1980). «Don Francisco de Moncada, el hombre y el embajador, Selección de textos inéditos». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 56, 3-72.
- HAUSENBLASOVÁ, J., MIKULEC, J., THOMSEN, M. (dir.) (2014). *Religion und Politik im frühneuzeitlichen Böhmen. Der Majestätsbrief Kaiser Rudolfs II. von 1609*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag.
- KUČERA, J. P. (1984). «Stavovská opozice v Čechách a volba Ferdinanda Štýrského českým králem». *Studia Comeniana et Historica*, 14, 5-40.
- LASSO DE LA VEGA Y LÓPEZ DE TEJADA, M. (1929). *La embajada en Alemania del Conde de Oñate y la elección de Fernando II Rey de Romanos (1616-1620)*. Madrid: Fontana.
- LUTZ, G. (1976). «Carlo Carafa». En: *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol. 19, citado en <<http://www.treccani.it/enciclopedia/carlo-carafa>>.
- MAREK, P. (2008). «La diplomacia española y la papal en la corte imperial de Fernando II». *Studia Historica. Historia Moderna*, 30, 109-143.
- (2011). «Sdenco Adalberto Popel de Lobkowitz: la carrera de un cliente español en la corte imperial». En: MARTÍNEZ MILLÁN, J. y GONZÁLEZ CUERVA, R. (coords.). *La Dinastía de los Austria. Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio I-III*. Vol. I. Madrid: Polifemo, 647-671.
- (2013). *La embajada española en la corte imperial 1558-1641. Figuras de los embajadores y estrategias clientelares*. Praga: Karolinum.
- MINGUITO PALOMARES, A. (2011). *Nápoles y el virrey conde de Oñate. La estrategia del poder y el resurgir del Reino (1648-1653)*. Madrid: Sílex.
- NAGEL, U. (2018). *Zwischen Dynastie und Staatsräson: Die habsburgischen Botschafter in Wien und Madrid am Beginn des Dreißigjährigen Krieges*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- NEGREDO DEL CERRO, F. (2016). *La Guerra de los treinta años: una visión desde la monarquía hispánica*. Madrid: Síntesis.
- POLIŠENSKÝ, J. (1991). *Tragic Triangle: The Netherlands. Spain and Bohemia, 1617-1621*. Praga: Universita Karlova.
- DA PORTOGRUARO, D. M. (1928). «Il P. Giacinto dei conti Natta da Casale e la sua opera attraverso i dispacci degli ambasciatori veneti 1621-1627». *Archivio Veneto*, 4, 165-233.
- RAINER, J. (1962). «Der Prozeß gegen Kardinal Klesl». *Römische Historische Mitteilungen*, 5, 35-163.
- STRAUB, E. (1980). *Pax et Imperium. Spaniens Kampf um seine Friedenordnung in Europa zwischen 1617 und 1635*. Paderborn-München-Viena-Zürich: Schöningh.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. y GALLEGRO, J.-A. (dirs.) (1986). *La crisis de la hegemonía española. Siglo XVII*. Tomo VIII. Madrid: Rialp.
- USUNÁRIZ, J. M. (2011). «El tratado de Oñate y sus consecuencias». En: MARTÍNEZ MILLÁN, J. y GONZÁLEZ CUERVA, R. (coords.). *La Dinastía de los Austria. Las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio I-III*. Vol. II. Madrid: Polifemo, 1292-1299.
- (2016). *España en Alemania: la Guerra de los Treinta Años en crónicas y relaciones de sucesos*. Nueva York: Idea.
- VON THIESSEN, H. (2010). *Diplomatie und Patronage. Die spanisch-römischen Beziehungen 1605-1621 in aktorszentrierter Perspektive*. Epfendorf: Bibliotheca academica.
- VOREL, P. (2005). *Velké dějiny země Koruny české VII*. Praga-Litomyšl: Paseka.
- WILLIAMS, P. (2010). *El Gran valido. El duque de Lerma, la Corte y el gobierno de Felipe III 1598-1621*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- ZWIEDINECK – SÜDENHORST, H. VON (1880). *Hans Ulrich Fürst von Eggenberg, Freund und erster Minister Kaisers Ferdinand II*. Viena: Wilhelm Braumüller.